

En junio de 1965, tengo 9 años y no me va bien en mis clases de natación. Pero, no es gran cosa.

Recuerdo el último día de cursos, haciéndome el que nadaba, con la cara dentro del agua, pero caminando en el fondo de la piscina. Seguramente el instructor se dio cuenta, pero a nadie le importaba mucho. En una granja en Iowa, realmente no era importante saber nadar. Y simplemente lo fingí.

El 19 de enero de 2015, es el día de la prueba verdadera. Mi esposa y yo con tranquilidad caminamos en la playa en México, en un lugar en donde el Río Ameca se une con el mar. Hay marea baja y el río se ha separado en varios arroyos que atraviesan el inmenso banco de arena. Nos detenemos a platicar con un par de señoras que acaban de cruzar un arroyo y han regresado con unas conchas interesantes. Mi esposa, Kim, me anima a cruzar también para conseguirle unas iguales.

El agua corre rápido, pero parece que sólo me llegaré hasta las rodillas. Después de tomar unos tres pasos, me parece el suelo se hunde. El mar ha erosionado el banco de arena y cuando lo piso, la arena se desliza hacia el mar y me lleva consigo. Inmediatamente, me encuentro en el Océano Pacífico, el agua está por encima de mi cabeza, estoy atrapado en la corriente del río y la contracorriente del mar.

Mi cuerpo entra en pánico cuando trago agua salada, pero al salir a la superficie, veo a mi esposa en el banco de arena y mi mente está tranquila. Le comento que estoy en problemas y que me voy a ahogar. Me ruega

que nade hacia ella, pero yo sé que después de 50 años de fingir que sé nadar, nunca podré ganarle a la corriente. Rápidamente, echo una mirada hacia la playa y confirmo lo que ya sabía: hay pocos en esta área de la playa y nadie parece capaz de salvarme.

Pasa otra ola sobre mi cabeza y pienso, “Aquí termina todo.”

Morir, y más específicamente ahogarme, fue mucho más fácil de lo que yo creía que sería. Yo había estado haciendo lo que muchos llamarían “disfrutar la vida.” Había creído que tenía bastante tiempo para disfrutar una jubilación anticipada con mi esposa. Me divertía con mis cinco nietos. Estaba en forma físicamente. Pero, todo había terminado.

Fue Jesús mismo el que preguntó, “¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Marcos 8:36). Yo había vivido mi vida como la mayoría lo hace, sintiéndome inmortal. Siempre contaba con el mañana. Pero, ahora en su lugar, llegó otra ola, tragué más agua y perdí la conciencia.

Durante años, he tenido una palabra favorita, es una palabra sencilla pero con un gran significado, esa palabra es: “SALVO.” He usado esa palabra para describir lo que sucedió cuando llegué a ser cristiano. Sabía que estaba separado de Dios, estaba perdido en mi pecado y que, en mí, no había capacidad de jamás ganarme la salvación de Dios. Y la palabra que mejor describe lo que sucedió cuando puse mi confianza en el Señor Jesucristo es: ¡SALVO!

Pero, para ser salvo, hay que tener un salvador. En la piscina del hotel, disfrutaban del lugar dos familias jóvenes. Alguien les comentó que deberían llevar a sus tres hijos al río en donde podrían ver unas rayas águila. Aunque eran buenos nadadores, decidieron que los niños llevarían sus chalecos salvavidas. Llegaron justo a tiempo para oír a mi esposa rogar que alguien me ayudara.

Pat, uno de los papás, se lanzó al agua, rápidamente se dio cuenta de la fuerza de la corriente y batalló para salirse. El otro papá, sin darse cuenta de lo que me había pasado, se metió al agua unos 45 metros más allá. También se sorprendió de la repentina profundidad y de la fuerza de la corriente. Luego, oyó los gritos de auxilio de las mamás, Tina y Andrea, y al acercarse, creyó que uno de los niños era el que estaba en el agua. Andrea insistió que llevara un chaleco salvavidas para rescatarme. Cuando al fin llegó conmigo, yo había estado en el agua por cinco minutos.

Son cinco minutos que no puedo explicar, ya que había perdido la conciencia y no recuerdo nada. Los que estaban ahí dicen que yo flotaba con la coronilla de la cabeza más o menos al nivel del agua.

Fue en esos momentos que tuve lo que parecía ser un sueño. Sentía que estaba dormido y que estaba teniendo una pesadilla. Estaba luchando con toda mi fuerza para subir y salir de la oscuridad, era como forzarme a mi mismo a despertar.

Y luego desperté.

Vi por primera vez a mi héroe, el hombre que ahora conozco, Stuart Swenson. Pero, inmediatamente, perdí el conocimiento de nuevo y ya no recuerdo los siguientes 15 minutos.

Mientras tanto, Stuart rápidamente consideraba sus opciones. Yo había tragado mucha agua y pesaba más de lo que él había esperado. Lo primero que pensó fue que yo ya había fallecido. Estábamos relativamente cerca de la playa, pero llegar a tierra parecía imposible. Consideró que no estaba listo para dejar a su esposa e hijo, para morir intentando salvar a un desconocido. ¿Pero cómo podría regresar con ellos y explicarles que había abandonado a un hombre a punto de morir? Entonces tomó su decisión, usó el salvavidas del niño para sostenerme fuera del agua, tomó la pretina de mi traje de baño en sus manos y flotamos hacia el mar abierto con la corriente.

Aún considero increíble que Stuart era el hombre que estaba allí cuando yo lo necesitaba. Aunque sin saberlo, él había entrenando para este momento durante todo el año. Él había estado entrenando de manera intensiva, especialmente en natación, con la esperanza de participar en un triatlón Ironman en un futuro. Pero, primero, tendría que pasar esta prueba.

En la playa, nuestras esposas observaban y con el tiempo ya no podían distinguir si eran dos cabezas las que se veían, una o siquiera alguna. La esposa de Stuart, Andrea, abrazaba a mi esposa y la animaba contándole de la confianza que tenía en la fuerza y la capacidad de su esposo. Mientras tanto, Pat nos seguía desde la playa, movía los brazos para llamar

la atención de un barco de pesca que se veía a lo lejos. Los tres niños, entre las edades de 8 y 10 años estaban de rodillas en la arena, orando. En palabras de ellos, llenaron el barco de oraciones.

Aunque con una lentitud desesperante, poco a poco el barco dio vuelta y se dirigió hacia nosotros. Desde este punto, comienzo a recordar algunas cosas. Parece que no había estado del todo inconsciente, ya que Stuart me tenía contando y respondiendo a sus preguntas.

El primero recuerdo claro que tengo es ver el barco a menos de un metro de mi cara, pero estaba tan débil que no podía levantar ni un dedo para salvarme. Luego, me perdí de nuevo y no sé cómo me metieron al barco.

Eso me recuerda de la condición incapaz en la que me encontré el día de la salvación de mi alma, el 2 de febrero de 1974. ¡Cuánta verdad contienen las palabras de Romanos 5:6! “Cristo, cuando aún éramos débiles...murió por los impíos.”

Vagamente recuerdo la incomodidad de estar acostado en el fondo del barco que golpeaba contra las olas al dirigirse hacia el muelle a toda velocidad. También recuerdo muchísima tos que me hacía escupir sangre y agua. Pero, más que nada recuerdo a Stuart que me decía, o mejor dicho me exigía, “¡Hoy no vas a morir!” Y cuando llegamos a la ambulancia, ya le empezaba a creer.

Sin embargo, el doctor de emergencias me informó que estaba en condiciones graves. Y pasé la mayor parte de las siguientes 10 horas en coma. Me conectaron a una máquina BiPAP que forzaba el aire a entrar a mis pulmones lo cual ayudaría a sacar el agua.

Para mi sorpresa, la mañana siguiente me sentía bastante normal y desayuné bien. Le pregunté al doctor cuándo podría salir del hospital y me dio una mirada severa y dijo, “Quiero que sepa que aunque se ha recuperado de manera dramática, usted se encontraba muy, pero muy cerca de la muerte. Entonces, por favor, descanse.” Y así lo hice.

Durante dos días en la UCI, medité en lo que había pasado. No me importaba mucho dónde estaba, me sentía muy feliz y agradecido. ¡ESTABA VIVO!

Al salir del hospital el jueves, me sentía muy bien, ya la única evidencia del accidente era un poco de agua en un pulmón. En palabras del médico, ¡era un milagro! En palabras mías, había sido salvado dos veces y en ambas ocasiones, sólo por la gracia de Dios. “...por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios;” (Efesios 2:8)

Me pregunto si se me dio la oportunidad de seguir viviendo en este mundo para hacerle una pregunta sencilla. ¿Alguna vez ha tenido usted un día de salvación? ¿Está usted listo para ver a Dios? ¿O usted finge ser cristiano? ¿O simplemente, no hace caso del asunto?

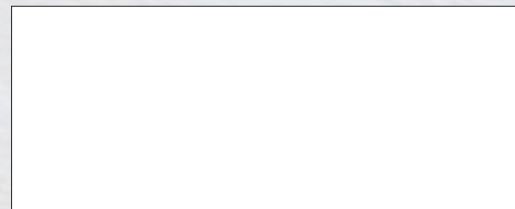
La Biblia nos cuenta de uno que pasó debajo de todas las olas y las ondas de la ira de Dios. No hubo salvador para Él y fueron mis pecados y los pecados de usted que lo mantuvieron allí. Todo esto sucedió en el lugar llamado del Calvario, en donde fue crucificado el Señor Jesucristo. Se pagó la deuda de mi pecado cuando Él, por medio de su sacrificio, proveyó para todo aquel que cree.

Ahora puedo decir que he sido salvo dos veces: una vez para esta vida y una vez para la eternidad.

**Y usted,
¿es salvo?**



PO Box 10834
Cedar Rapids, IA 52410
www.saved.com
www.Heaven4sure.com



¡SALVO!

*Un paseo de playa
que se convirtió
en una pesadilla*

Auxilio!



La historia real que vivió
Scott Hayes